

rodillaron y palmotearon vivamente, para espresarnos su gratitud. En el acto desatamos á las mujeres y los niños; pero el poner en libertad á los hombres era mas árdua tarea, pues cada uno de estos desgraciados llevaba el cuello metido en una horquilla formada por una gruesa rama de 6 á 7 pies de largo, reforzada en la abertura por una barrita de hierro fuertemente remachada por ambos extremos. No obstante, valiéndonos de una sierra, que por fortuna llevábamos en nuestros bagajes, todos recobraron su libertad. Dijimos entonces á las mujeres que con la harina de que iban cargadas preparasen su alimento y el de sus hijos; al pronto no quisieron creer lo que se les decía, porque tanta felicidad les parecía un sueño; pero cuando se les reiteró la invitación, pusieron activamente manos á la obra, encendieron una hoguera á la que arrojaron las cuerdas y las horquillas instrumentos de su esclavitud, que tantas noches de dolor y tantas penosas jornadas les recordaban. Muchos de aquellos pobres niños tenían apenas cinco años, y los había también de mas tierna edad. Uno de ellos nos decía con sencillez propia de la infancia. «Los otros nos ataban y nos dejaban morir de hambre; pero vosotros nos habeis desatado y ademas nos dais de comer; ¿quiénes pues, sois, y de dónde venís?»

Dos mujeres habían perdido la vida el día anterior, por haber querido romper sus cuerdas, y el capataz hizo saber á todas sus víctimas que correrían la misma suerte, si intentaban fugarse. Una desgraciada madre, que se negó á coger un fardo que le impedía llevar á su niño, vió muerto á éste de un pistoletazo. Un hombre que, estenuado por el cansancio, no podía ya seguir á los demás, sucumbió á un hachazo. El interés, ya que no la humanidad, debía haber impedido estos horrendos asesinatos; pero siempre hemos visto que en tan execrable tráfico, el desprecio de la vida humana y la sed de sangre hablan mas alto que el mismo interés personal.

Ochenta y cuatro esclavos, mujeres y niños en su mayor parte, recobraron su libertad. Habiéndoseles dicho que eran libres y que podían ir á donde quisiesen, prefirieron quedarse con nosotros.

En la mañana siguiente partimos para el pueblo de Soché con nuestros libertos; los hombres llevaban alegremente nuestros equipajes. Habiendo empezado tan bien, no podíamos hacer las cosas á medias; así es que otros ocho cautivos á quienes encontramos en nuestro camino, fueron igualmente puestos en libertad. A la noticia de nuestra aproximación, los negreros que se hallaban en Soché se alejaron inmediatamente con un centenar de esclavos. El doctor Kirk, á la cabeza de cuatro makololos, corrió en su persecución; pero á pesar de todos sus esfuerzos no pudieron alcanzarlos, por lo que llegaron á Teté sin tropiezo.

Seis esclavos mas fueron puestos en libertad á

nuestro paso por Mongazi, y dos traficantes fueron reducidos á prision para impedir que fuesen á avisar á los capataces de otra partida numerosa que estaba á punto de llegar. Nuestros prisioneros nos dijeron que esta partida iba capitaneada por los dependientes del gobernador.

Al día siguiente otros cincuenta esclavos fueron puestos en libertad; y como todos sin escepcion iban completamente desnudos, recibieron bastante tela para vestirse mejor seguramente de lo que habían estado en toda su vida. El caudillo de esta partida, reconocido como el emisario de los principales traficantes de Teté, nos aseguró que había obrado como todos los demás, con plena autorización del gobernador. No era necesario que nos lo dijese, porque es materialmente imposible que empresa alguna de este género se lleve á cabo en Teté, sin que el gobernador tenga noticia de ella y le preste su apoyo.

El lago Pamalombé.—Vuelta al Nyassa.—Tempestades.—Tortas de moscardones.—La pesca.—Cementerios.—El tráfico negrero.

A fines de agosto, al volver al lago Nyassa, los viajeros costearon el Pamalombé, pequeño lago que tiene 10 ó 12 millas de largo sobre 5 ó 6 de ancho. Está casi enteramente rodeado de una barrera de papiros de tal modo espesa, que costó no poco trabajo el abrirse paso. Estas cañas, de 10 ó 12 pies de altura, crecen cerca unas de otras que interceptan el aire, y tal cantidad de hidrógeno sulfurado se desprende de ellas, que el fondo del barco se ennegreció por haber estado sujeto á su acción toda una noche.

Algun tiempo despues, prosigue diciendo la narración, nos vimos de nuevo en el lago Nyassa, y nos sentimos vivificados por el aire mas fresco que en él se respira.

Hacia el principio de su tercio superior, los indígenas se aprovechan de la isla de Chizumara para atravesar el lago. Al Norte de esta isla, cuyo nombre significa *fin, terminacion*, siguen la costa para ganar la orilla opuesta, aunque este rodeo prolonga el camino en muchas jornadas.

A semejanza de todos los mares estrechos y profundamente encauzados, el Nyassa tiene tempestades repentinas, de increíble violencia. En él pasamos los meses de setiembre y octubre, que á decir verdad, son los peores, y los huracanes nos sorprendieron muchas veces.

Nunca hemos encontrado en Africa una población tan numerosa como en las orillas del Nyassa. En su parte meridional los pueblos forman una cadena casi no interrumpida, y los bordes de cada una de las pequeñas bahías se cubren de una multitud compacta y negra, siempre que se deja ver nuestro buque de vela, que es para los ribereños un espectáculo nue-

vo; así, sea cual fuere el lugar en que abordemos, nos vemos al punto rodeados de hombres, mujeres y niños, que se empujan á centenares para ver los *chiro-mbo*, es decir, los animales salvajes, pues con tal nombre nos designan. Pero su mayor placer es ver comer á *las bestias* (de nosotros se sigue tratando); nunca los leones y los monos del jardín zoológico de Londres han atraído tan gran concurrencia. Solo el efecto que el hipopótamo produce orillas del Támesis, puede compararse con el éxito que nosotros alcanzamos orillas del Nyassa. La asombrada multitud forma en nuestro derredor un bosque de cabezas negras, cuyas miradas espresan la mas vehemente curiosidad; no obstante, se vigilan mutuamente, á fin de que ninguno de ellos traspase la línea divisoria que hemos trazado en la arena.

Los terrenos de la orilla están cultivados en gran extensión y producen considerable cantidad de arroz, maíz, patatas, sorgo y mijo. Al monte del lago, la yuca obtiene la preferencia, y el casabé unido á la pesca, forman la base del alimento de los naturales. Unese á éste un extraño manjar de que vamos á hablar, y que estas tribus septentrionales recogen en cierta estación.

Una mañana, en el momento de atravesar una especie de espesa nube, vimos que no era humo ni una niebla, sino una masa de millares de moscardones llamados por los ribereños *kungo*, es decir, nube ó bruma. Tales insectos llenaban el aire hasta una inmensa altura, y hormigueaban sobre el lago, en el que no se hundían gracias á su ligereza. Obligados á cerrar ojos y boca, nos sentíamos golpeado el rostro como por una nieve muy fina azotada por el viento. Al salir de aquella nube, nuestro buque estaba cubierto de millares de moscardones.

Los habitantes recogen estos menudos insectos durante la noche; los cuecen y hacen con ellos gruesas tortas que para ellos son una golosina, y de las que cada una se compone de millones de estos bichos. Una torta nos ofrecieron que tenía una pulgada de espesor, y el tamaño del gorro azul de los labradores escoceses; era parduzca, y se parecía algo en el sabor á los huevos de esturion salado ó de las langostas saladas.

En las aguas del Nyassa abundan esquesitos peces, en su mayor parte desconocidos para nosotros. El *sanjika* ó *rupasa*, que segun el doctor Kisk, pertenece á la familia de las carpas, se traslada á los rios para desovar, como también lo hacen los salmones. El mpa mas grueso que hemos visto pasaba de 2 pies. Este pez, que tiene un brillo deslumbrador, es el mas sabroso que hemos comido en Africa. En los meses de agosto y setiembre sube por los afluentes del lago y suministra una abundante pesca á los ribereños. En todas las corrientes se establecen pesquerías lle-

nas de esclusas, en que hay cestones en los que el pez, si entra en ellos, pocas probabilidades de fuga le quedan. Mas arriba de estos establecimientos hay redes que se extienden de una á otra orilla, de tal modo, que no se acierta á esplicar cómo el *sanjika* mas sagaz puede subir el rio. Precisamente ha de hallar durante la noche algun medio de evasión; pero en este pais, el pez, lo mismo que el pescador, no tiene, instante de reposo. Los del lago se pescan principalmente con redes; y sin embargo, hombres y mujeres con sus chiquillos sobre la espalda, pescan con anzuelo desde lo alto de los peñascos.

Empléase una red de estrechas mallas para la pesca menuda de un pez argentado que se parece al sollo, y tiene 2 ó 3 pulgadas en la época de la pesca: es muy comun recogerlos á millares de una sola redada. Una vez los comimos; pero eran tan amargos como si hubiesen sido sazonados con un poco de quinina, lo cual procedía probablemente de que no les habían quitado la hiel.

Algunas especies que viven en las aguas profundas, se pescan con unos cestos de forma de nasa, y á los que van unidos flotadores. Por lo regular, se rodea estos cestos con una capa de yerba para atraer á los peces que acuden á buscar la sombra.

La pesca de Nyassa ocupa verdaderas flotillas, compuestas de hermosas canoas; los remeros se mantienen en pie, y algunas veces se atreven á alejarse de las orillas, aprovechándose de una oleada.

Los ribereños del Nyassa nos parecieron poco laboriosos. Durante el día duermen profundamente á la sombra de los frondosos árboles de la orilla, y al parecer viven con holgura. Pero conocidos mas á fondo, la impresión es muy diferente. Aquellos hombres que duermen toda la mañana, se han entregado á un áspero trabajo el día antes. Desde el medio día empiezan á moverse, examinan sus redes, las reparan, las llevan á sus canoas, arreglan todos los enseres de su oficio, y al llegar la noche se dirigen á fuerza de remo á las mejores estaciones de pesca; y hélos aquí estendiendo sus redes, y levantándolas á cada paso con gran trabajo, hasta la madrugada.

Muchos pueblos tienen cementerios perfectamente dispuestos y cuidados; esto hemos visto en Chitanda, y especialmente cerca del cabo Maclear. Unos senderos bastante anchos y trazados con esmero, rodean el cementerio al Levante y al Mediodía. Una descomunal higuera descuella al Nordeste, y esparce su espesa sombra sobre el campo del eterno reposo. Otros árboles magníficos circuyen el sagrado recinto. Las tumbas tienen la forma de cerros cubiertos de yerba, como en nuestros cementerios, pero están orientados de Norte á Sur, con la cabecera por lo regular al Norte. El sexo del difunto se indica por los objetos de que ha hecho uso en sus diferentes trabajos, y es-



tán rotos como para significar que ya no pueden servir más. Un giron de red y los pedazos de un remo, anuncian que allí yace un pescador. Sobre las tumbas femeninas están los morteros de madera y sus respectivas manos, que las mujeres empleaban para moler el grano; el cesto que les sirve de tamiz, fragmentos de calabazas y vasos colocados con orden alrededor de la fosa. También suele haber bananeros á la cabeza de algunas tumbas. ¿Es esto un adorno puro y simple, ó debemos ver en él, como en el antiguo Egipto, una ofrenda á los que en el otro mundo conservan las inclinaciones que en este mundo tenían?

En esta estancia en las orillas del Nyassa, hemos podido ver que la trata se hacia con una actividad espantosa.

Sabemos por el coronel Rigby, cónsul inglés y encargado de negocios de S. M. británica en Zanzibar, que pasan por la aduana de esta isla, procedentes de la sola region del Nyassa, 19,000 esclavos al año. Y nótese que esta cifra no comprende los esclavos que se espiden en las radas portuguesas. Pero no hay que imaginarse que este número de 19,000 representa todos los infortunios causados por este envío anual al mercado de Zanzibar. Los cautivos á quienes desapiadadamente se arranca á su país, forman una pequeña fracción de las víctimas de la trata. Solo viéndolo en su origen, en su fuente, hemos podido formarnos una idea exacta de este atroz comercio. Para algunos centenares de individuos que procura una de estas cacerías, reciben muerte millares de hombres, ó perecen de resultas de sus heridas, mientras que los otros, puestos en fuga, sucumben al hambre y á la miseria. Otros millares mueren en las guerras civiles ó de vecindad, ó esterminados por las demandas de los compradores de esclavos de Cuba y otros puntos. Los numerosos esqueletos que hemos encontrado en los bosques ó entre los peñascos, en las inmediaciones de los estanques y á lo largo de los caminos que conducen á poblaciones ya desiertas, patentizan el horroroso número de existencias sacrificadas por este tráfico maldito. Según lo que con nuestros propios ojos hemos visto, tenemos la firme convicción, y nunca opinion alguna fue mas concienzuda, de que cada esclavo no representa ni la quinta parte de sus víctimas. Si tomamos por base de nuestros cálculos el valle del Chiré, diremos que por término medio ni una décima parte de las víctimas de la trata llega á la esclavitud. Al considerar una pérdida tan espantosa de hombres, (una pérdida tan grande de trabajo, diríamos á los traficantes negreros), y al ver que el sistema que ocasiona esta monstruosa mortandad perpetúa la barbarie en los países donde está en vigor, ¿habrá quién se atreva á presentar como un argumento en su favor que los esclavos pueden hallar algunas veces buenos amos?

Es de creer que bastaria un vapor destinado á cruzar el Nyassa, y que al mismo tiempo que ejerciese una severa vigilancia, cambiase ciertas mercancías europeas por marfil y las demás producciones del país, para concluir con este infame comercio, pues la mayor parte de los conductores de esclavos atraviesa el lago, ó el alto Chiré.

Nueva escursión al Chiré.—Crímenes de un proveedor de negreros.—Pesca de cocodrilos.

Después de una estacion en Chupanga, partimos para el Chiré el 10 de enero de 1863, remolcando el *Lady Nyassa*. Poco después fuimos testigos de todos los males que habian causado las rapaces correrías de Mariano.

Los supervivientes de un pequeño pueblo situado al pie de Morambala, habian sido reducidos á la última miseria por aquel bandido y su horda. Véase á las mujeres recoger insectos, raíces, frutos silvestres y todo lo que bien ó mal podia ser comido, á fin de arrastrar, si era posible, su triste existencia hasta la próxima cosecha.

Dos canoas que pasaron cerca de nosotros, habian sido saqueadas, y sus dueños, que no tenían otro alimento que los frutos de palmera que recogian, se habian hecho unos delantales de follaje, pues aquellos foragidos los habian despojado de sus vestidos y adornos.

Todos los días encontrábamos cadáveres que flotaban sobre el río, y todas las mañanas nos era preciso quitar de las ruedas de nuestro vapor los que las paletas habian retenido durante la noche.

La poblacion del valle habia sido barrida á veintenas de millares por Mariano, que se habia convertido en el gran proveedor de los negreros portugueses.

Esta inmensa devastacion partia el alma. Las orillas tan pobladas en otro tiempo, estaban desiertas, y los pueblos reducidos á cenizas; un silencio sepulcral habia sucedido al alegre bullicio de las poblaciones, donde la industriosa multitud nos vendia los productos de su trabajo. En los lugares antes ocupados por las chozas, solo se veia aquí y allá algun cobertizo que habia servido de abrigo á un pescador, hasta el día en que las grandes avenidas, arrastrando la pesca, y arrebatando al infeliz su último recurso, le habian dejado morir.

Muchos fugitivos, próximos á exhalar su postrer suspiro, habian caído en las orillas de los senderos donde yacian sus esqueletos. Unos espectros espantosos, cuya estatura indicaba la juventud, mujeres y muchachos se arrastraban á la sombra de las desiertas chozas: algunos días después, sucumbiendo á los horrores del hambre, perecerian como los demás.

El Chiré bajó 2 pies antes de que llegásemos á un banco de arena que el año anterior nos habia detenido.

Dos millas mas arriba de él matamos un hipopótamo, pero reapareció sobre el agua tres horas después. Atámosle á la popa del vapor, y los cocodrilos llegaron en tropel, no siendo posible alejarlos sino haciéndoles fuego. La bala no habia penetrado en los sesos del hipopótamo, pero le fracturó un hueso de

la cabeza, lo que le causó la muerte. De la herida no salió sino un poco de gas y de serosidad; ninguna otra cosa podia anunciar á los cocodrilos que allí habia un animal muerto, y no obstante los que nos rodeaban acudieron de una distancia de muchas millas. El olfato en estos monstruos no está menos desarrollado que el oído, y ambos sentidos son en extremo finos. Nuestro piloto Jumbo asegura que el cocodrilo nunca come carne fresca, que deja siempre que



Búfalos en un jardín.

pase algun tiempo sobre la que ha cogido, y que cuanto mas deteriorada está mas le satisface. Muy posible es que así sea. El cocodrilo come en pequeños bocados, desmenuza difícilmente la carne fresca, y es natural que prefiera la mas tierna para tragar, lo que hace como el perro, sacando la cabeza del agua.

Cuando hubimos tomado la cantidad de carne que nos pareció conveniente, los cocodrilos volvieron á docenas para disputarse el resto del hipopótamo. Intentamos pescar algunos, y arrojándose uno sobre el cebo, fue cogido en el acto, siendo preciso el esfuerzo de seis hombres para subirlo; pero torciéndose el anzuelo, desapareció: era sin embargo, un anzuelo de ti-

buron. Preparóse entonces un gancho de hierro; pero como el cocodrilo no pudo tragarlo, no tardó en aplastarlo con los dientes, y nuestra pesca no pasó adelante. Como es fácil de adivinar, si se atiende al vigor que despliega un salmon, la atraccion de un cocodrilo es terriblemente fuerte.

Habiendo pasado nuestro buque, cerca del cadáver de un niño, un cocodrilo monstruoso se arrojó sobre él con la ligereza de un galgo, le cogió y lo sacudió como lo verifica un gato con un ratón. Acudieron luego otros muchos que se abalanzaron sobre la presa, agitando con sus poderosas colas el agua, y haciéndola formar remolinos á cada pedazo que cada uno arran-



caba. Era aquel un espectáculo verdaderamente horroroso. Pocos segundos despues nada quedaba (1).

Estos monstruos pululaban en el Chiré, y hemos contado hasta sesenta y siete en un banco de arena, pero no eran tan feroces como en ciertos rios. « Los cocodrilos, dice el capitán Tuckey, abundan de tal manera en el Congo, cerca de las rápidas, que cuando las mujeres van en busca de agua, mientras llenan sus calabazas, siempre hay una encargada de alejarlos; á pesar de esto, ocurre con frecuencia que sean devoradas. » Aquí, para sacar agua se usa una calabaza sujeta á la estremidad de un largo palo; ó bien se construye una empalizada en el sitio donde las mujeres van á buscarla.

Uno de nuestros makololos fué al rio á la caída de la tarde; tenia sed, y mientras se echaba agua en la boca, como entre ellos es costumbre, salió de improviso un cocodrilo y le atrapó la mano. Por fortuna, habia una rama de árbol próxima á él, y tuvo la serenidad suficiente para asirse á ella, empeñando una lucha en la que el animal disputaba una presa y el hombre su vida. El combate permaneció indeciso durante algun tiempo; pero el hombre se mantuvo firme, y el animal hubo de soltarle la mano, no sin dejar en ella profundas señales de sus horribles dientes.

Los indígenas del alto Chiré que se dedican á la caza lo hacen con extraordinaria afición, desplegando en este ejercicio una perseverancia y una destreza sorprendentes. Como la flecha que disparan no hace el mas ligero ruido, el rebaño no se apercibe del golpe de que ha sido víctima una res, y el cazador continúa siguiéndola hasta que el veneno ha producido su efecto. El animal espira, nuestro hombre arroja en seguida la carne que rodea la herida, y se come el resto.

La flecha envenenada se compone de una varilla de 10 á 11 pulgadas de largo, á la cual se ajusta sólidamente un hierro en forma de sierra, y de un espigon de caña en el que se introduce la varilla. Inmediatamente sobre el hierro, el espigon está empapado de veneno. Cuando la flecha entra en el cuerpo del animal, la caña se desprende por sí misma, ó la arrancan los matorrales; pero el hierro á manera de sierra, así como el espigon envenenado, permanecen dentro de la herida, de la que el animal la arrancaría al atravesar la espesura, si la flecha fuese de una sola pieza.

La sustancia venenosa de que se sirven los mangajias para este objeto, es un veneno muy virulento llamado *Kombi*, y se saca de una especie de estrofanthes. Su acción se manifiesta por la disminución del pulso, como se lo ha hecho experimentar al doctor

(1) Los viajeros vieron otros muchos cadáveres arrastrados también por las aguas del Chiré, restos de las desgraciadas víctimas del hambre y de la caza de esclavos.

Kirk una experiencia involuntaria. Al servirse de su cepillo para la dentadura, que habia sido colocado en una bolsa en que habia *Kombi*, el doctor notó cierto amargor, lo que atribuyó á que muchas veces se habia servido del mango de este cepillo para tomar quinina; pero aunque la dosis era muy corta, el veneno le hizo inmediatamente disminuir el pulso, que tenia entonces bastante aumentado á consecuencia de un fuerte catarro, y al dia siguiente su curación era completa.

Es evidente que un solo hecho de este género no puede ser decisivo; pero acaso se logre sacar del *Kombi* un precioso medicamento. El profesor Sharpey ha dado principio con este motivo á una serie de experimentos cuyos resultados no pueden dejar de ser muy interesantes, y ha obtenido ya de dicha sustancia un alcaloide de la misma naturaleza que la estircina. Sabido es que todos los animales sucumben á los efectos de una flecha envenenada, excepto el elefante y el hipopótamo. Siendo la calidad de veneno que la flecha puede introducir en la herida, harto pequeña para matar estos colosos, los cazadores apelan respecto de ellos al armadizo ó trampa que ya hemos descrito.

Del Nyassa al Zomba.—Paisaje.—Hospitalidad.—Búfalos en los jardines.—Katos.

Nuestro proyecto es marchar al Nor-noroeste, paralelamente en dirección de Chirwa, si bien manteniéndonos á bastante distancia de la orilla occidental, á fin de alejarnos de los Mazitús. Procuraremos saber si el Nyassa recibe al Oeste algun rio importante, y adquirir noticias acerca del número de esclavos que atraviesa el lago en Tsenga, en Kota-kota y otros puntos de la parte meridional.

Nuestros makololos lo desean vivamente, pues quisieran volver á sus hogares para labrar sus tierras, antes de la estación de las lluvias.

Desde luego nos hemos dirigido al Nordeste, partiendo de la catarata superior, lo cual nos ha hecho seguir la gran curva del rio hasta el pie del monte Zomba. Aquí la perspectiva es de las mas imponentes: las cimas se remontan al cielo, mientras que la meseta, que tiene 3,000 pies de altura, se dilata hacia el Sur, en cuya dirección desaparece.

Luego nos dirigimos al Noroeste, y llegamos al Ribvé-ribvé ó Rivi-rivi, que nace en los montes Maravis y desemboca en el Chiré.

El sitio de las poblaciones, cuyo número es sorprendente, parece haber sido escogido teniendo en cuenta la sombra que podia dar. Habiendo seguido constantemente las orillas del agua, estábamos lejos de imaginar cuán numerosas eran estas poblaciones. Hoy, ni una sola está habitada; los magníficos ester-

culias, de un verde amarillento, cuya primera rama se eleva á 50 pies del suelo, no rodean ya sino lugares desiertos; los elefantes devastan y mutilan sin que nadie los moleste, las higueras de ancha copa que sombrean las chozas abandonadas.

Como el Rivi-rivi baja del Nordeste, hemos continuado siguiendo sus márgenes, llegando luego á un pueblo que ha sabido defenderse de los ajahuas.

Los naturales cultivan el maiz, y nos lo venden sin dificultad.

Las noches, en esta época del año siguen siendo frias; y como no es ahora el tiempo oportuno para los trabajos agrícolas, los habitantes no salen de sus chozas sino cuando el sol calienta la atmósfera. En otras estaciones salen de ellas antes de amanecer, y el primer ruido que llega al oído del viajero, cuando se despierta, es la conversacion de hombres y mujeres, que hablan en alta voz en la sombra para alejar á las fieras mediante el eco de la voz humana. Cuando no hay asuntos de qué tratar, la tos estrepitosa y convulsiva de los fumadores de cáñamo advierte la proximidad del dia.

Puestos de nuevo en camino por el lado de Rivi-rivi, llegamos á Chafunda, donde algunos individuos nos reconocieron, por habernos visto en el Chiré.

Es imposible hallar gente mejor que ésta: sus únicas provisiones eran algunos frutos de tamarindos preparados con ceniza, y un poco de harina de *dolichos pruriens*, y sin embargo, se apresuraron á ofrecérnoslas; pero nos negamos á admitirlas.

Instalados en la mejor choza, hemos dormido tranquilamente, aunque sobre una pobre estera; es verdad que habíamos andado por lo menos 20 millas, y que nuestra última comida se habia reducido á un pichon. Desde entonces nuestro alimento no habia sido sino un puñado de harina de kitezi cocida con agua clara: inútil es decir que nos moríamos de hambre. La buena mujer en cuya choza estábamos alojados, tomó un poco de maiz que guardaba para la siembra, lo molió y lo convirtió en tortas que nos hicieron muy al caso. Un muchacho trajo además algunas legumbres silvestres, de un sabor dulzaino, y no bien tuvo dispuesto el tazón, empezó á palmoear con gran fuerza. Abrumados de sueño nos habíamos dormido, y empezábamos á soñar con grandes banquetes, cuando por fortuna sus palmadas nos despertaron. La comida era tan frugal, que uno de nuestros compañeros, creyendo que aquella era su porción respectiva, se engullió la casi totalidad, y apenas quedaba nada. El tragon se deshacia luego en escusas altamente inútiles; pero nosotros teníamos bastante hambre para no comprender la suya y perdonarle su lastimosa equivocación.

Siguiendo nuestra marcha al Noroeste, llegamos

á una cadena de montañas cuyo punto culminante es una enorme mole de granito completamente desnudo, que hiende los aires bajo la forma de una cúpula, y se llama el Mvai. A semejanza de otras muchas masas en que la roca está al descubierto, este pico es de un pardo claro, con manchas blancas que parecen líquenes. La cadena, en general escasamente cubierta de árboles de mediana altura, está dominada en frente del Mvai por diferentes picos, como el Chirob, situado mas al Norte.

El territorio en que habíamos acampado á la vista del Mvai, llámase Paudio, y es evidentemente la profundidad del distrito de las orillas del Chiré, donde en otro tiempo habíamos hecho observaciones astronómicas para determinar la latitud geográfica.

Al dejar el Paudio vimos á nuestra derecha las montañas de Kirk, cuyas faldas bordeábamos, y que no tienen menos de 3,000 pies de elevación, partiendo de la meseta, lo que les dá mas de 5,000 pies sobre el nivel del mar. A nuestra derecha se dilataba á lo lejos un país cubierto de bosques que va elevándose gradualmente hasta presentar el aspecto de una cresta, de la que se desprenden muchos montes, y que limita al Este el valle del Chiré. En frente de nosotros, esto es, al Norte, hay uno de los valles mas encantadores y fértiles que se han presentado á nuestra vista. Está cerrado por montañas que escediendo en unas 30 millas el alcance de la vista, va á reunirse al cabo Maclear. Los árboles, cuyos grupos no ha arreglado ningun jardinero, han sido despiadadamente derribados por el cultivador; y no obstante, estas altas cercas, estas laderas cubiertas de bosques, estas vastas praderas de yerba fina, esas espesuras de un verde oscuro, á las márgenes de las aguas corrientes, forman un paisaje no menos hermoso que cualquiera de los de Europa.

Este valle se llama Gova ó Goa. Desde lejos nos parecia llano, pero el terreno está profundamente surcado por aguas vivas de deliciosa frescura, arroyos que bajando de las montañas, dan los mil rodeos que les obligan innumerables accidentes del terreno.

Al salir del paralelo del pico de Chirobú ya no encontramos guías, pues los indígenas temen á la tribu que está á nuestra izquierda, y nadie quiere acompañarnos, lo cual nos coloca en un terrible apuro. Los senderos se cruzan en todos sentidos, y han sido trazados por los que van de las aldeas situadas en las pendientes á los campos que están en la pradera, y forman una red laberíntica. Los torrentes han practicado barrancos de 30 á 40 pies de profundidad, y por cuyos casi perpendiculares bordes no es posible trepar sino en determinados sitios. Los pocos habitantes que permanecen en los pueblecillos clavados, por decirlo así, en las montañas, nos ven dar vueltas por la llanura intentando salvar estos barrancos por